

## Antonio López Eire, alumno y amigo

Quiero ante todo dejar constancia del pudor que la inversión de las circunstancias naturales me produce al participar en este acto de póstumo homenaje académico al profesor López Eire. No es natural que sea el padre el que entierre al hijo, ni que un viejo profesor que recorre el último tramo de sus días se vea en el tristísimo trance de evocar al que fue el más brillante de sus alumnos. Sólo la admiración que por él sentía y el afecto que le profesaba me han permitido superar ese pudoroso sentimiento, esa pregunta que viene del hondón del alma y que no tiene respuesta: “Señor, ¿por qué se ha ido él que estaba en plenitud y no yo que estoy a punto de emprender el viaje sin retorno?” Heme, pues aquí, dispuesto a cumplir con un piadoso deber de amistad personal y de obligada gratitud universitaria a un excelente profesor.

Conocí a Antonio López Eire en mi incorporación a la Universidad de Salamanca el año académico de 1964-65. Estaba entonces en cuarto de la especialidad de “Filología clásica” y formaba parte de un grupo de alumnos muy reducido, pero de una calidad intelectual fuera de lo común. Entre sus compañeros, por ejemplo, figuraba Manuel García Teijeiro, en la actualidad catedrático de “filología griega” en la Universidad de Valladolid. Impartí aquel año “Fonética y morfología griegas” y vagamente recuerdo cómo en el examen oral de final curso me vi obligado a mantener con López Eire un coloquio que rebasaba la rutinaria obligación de medir el nivel de sus conocimientos. A propósito de las metátesis cuantitativas del tipo βασιλέως el examinando sorprendentemente sacó a colación si no subyacía en ellas la misma tendencia del griego a los finales de palabra abiertos que dio origen a la pérdida de las oclusivas finales indoeuropeas, a la monoptongación de los diptongos largos y a que sólo consonantes continuas figurasen en esa posición de la palabra. Quedé admirado y ni que decir tiene que le concedí la máxima calificación.

Mi incorporación a la Universidad Complutense el año académico de 1967-68 me hizo perder por algún tiempo el contacto con López Eire, pero pronto lo recuperé en 1972 cuando juntamente con su compañero Manuel García Teijeiro opositaron a Agregaciones de Universidad, aquellas temibles pruebas de acceso a la función docente que tan poco se parecen a las vigentes en la actualidad. En esta ocasión formaba yo parte del tribunal calificador. Ambos ganaron brillantísimamente su plaza y yo me llevé una de las mayores satisfacciones de mi vida académica. Era un verdadero placer seguir

los ejercicios de ambos. López Eire se incorporó a la Universidad Autónoma de Barcelona y en 1975 pudo hacerlo como Catedrático a la de Salamanca. A partir de ese momento se reanudó nuestro mutuo contacto. Puntualmente me iba enviando sus publicaciones así que pude seguir el día a día de su evolución científica.

Haciendo honor a su maestro Martín Ruipérez, el interés primordial del joven helenista se centró en la dialectología, en especial en el jónico, el ático y la koiné. Sin descuidar otros dialectos periféricos como el arcado-chipriota, el panfilio, el micénico y el dórico nordoccidental. Pero López Eire no era un lingüista en estado puro, adicto a operar sólo con estructuras y funciones e indiferente a los mensajes que dichas estructuras y funciones sirven de vehículo de expresión. De ahí que el foco de su atención se desplazara de las inscripciones que nos han dado a conocer las diferencias dialectales del griego antiguo a las lenguas literarias, la de la lírica coral, la tragedia, el drama satírico, la comedia aristofánica, la medicina y la oratoria.

En una línea evolutiva cuya lógica interna es evidente el análisis de este material lingüístico *sui generis* le llevó a plantearse cuestiones de estilo y de crítica literaria, teniendo muy presente la bipolaridad *Mündlichkeit/ Schriftlichkeit, orality/ literacy*, es decir, el contraste entre las formas de expresión propias del lenguaje oral y las del escrito, que tan de moda se puso en el último tercio del pasado siglo. A este segundo período de su actividad investigadora corresponden sus trabajos sobre los géneros literarios: la épica (Homero), la lírica (Estesícoro), la historia (Tucídides), la oratoria (Demóstenes) y la segunda sofística (Libanio). Y la familiaridad con la oratoria le llevó a López Eire a interesarse por la retórica, esa disciplina tan despreciada por el historicismo decimonónico, cuya importancia reivindicó la moderna teoría de la comunicación. A este tercer período corresponden sus estudios sobre “Los fundamentos de la retórica”, “Esencia y objeto de la retórica”, “Actualidad de la retórica”, “Retórica y política”, “La retórica y la publicidad”. En éstos últimos trabajos demuestra palmariamente como un arte inventado por los griegos y cultivado por los romanos tiene sus aplicaciones inmediatas en la actualidad.

Y no es de extrañar que se sintiera atraído por la retórica una persona que reunía todas las cualidades de un *maître de la parole*. Antonio López Eire tenía unas dotes oratorias que hubieran hecho de él un prócer del foro o de la política. Pero donde más brillaba su capacidad de comunicación era en las distancias cortas, en la conversación. Se expresaba con increíble soltura en inglés, alemán, francés, portugués e italiano, y dominaba el arte de la traducción con precisión y elegancia como demuestran sus

versiones de Hornero, de la *Lísistrata* aristofánica, de los discursos de Demóstenes, de la *Poética* de Aristóteles. A todo esto añadía una insospechada habilidad de gestión que convertía en verdaderos éxitos de masas los eventos científicos o pedagógicos que organizaba, como aquellas memorables jornadas salmantinas sobre retórica.

Con el tiempo se fue haciendo más estrecha mi relación personal con él. Nacida de la comunidad de gustos, creció al calor del trato asiduo en viajes de estudios y asistencia a congresos, y la reafirmó la compañía de Maíta, su esposa, que como nadie supo comprender a su marido y compartir sus aficiones y amistades. Pocas parejas he conocido tan compenetradas y con un grado tan alto de complicidad. Son muchas las veces que mi ex-alumno me invitó a Salamanca a formar parte de los tribunales de las tesis doctorales que dirigía, a intervenir en las jornadas pedagógicas y congresos científicos que organizaba. Recuerdo especialmente uno dedicado a Aristófanes, no sólo porque tuve el honor de presentar en él uno de los estudios de López Eire dedicados a la lengua del cómico ateniense, sino porque tuve que ausentarme un día de las tareas del Congreso y regresé con una triste noticia. Era yo entonces miembro de la Junta Nacional de Archivos y se iba a discutir la devolución a Cataluña de los fondos catalanes reunidos en el Archivo de la Guerra Civil. Con sólo mi voto en contra la Junta aprobó la devolución.

Por último, quisiera evocar una inolvidable velada en Delfos en la que Antonio supo mostrar a sus gozosos contertulios cuánto de bueno había en su persona: el amor a la vida, la cordialidad de trato, la generosidad, la apertura de espíritu y el sentido del humor. Ése era el hombre que no se irá del recuerdo, mientras vivan, de quienes tuvieron la suerte de conocerle. La memoria del sabio perdurará siempre en los escritos que ha dejado, los cuales no exagero al decir que marcan un hito en la historia mundial de la filología clásica.

Luis Gil Fernández  
Catedrático de Filología Griega  
Doctor *honoris causa* por la Universidad de Salamanca